

de agosto fue este general condenado á muerte y ejecutado.

Despues de haber inmolado sin obstáculo á un general que, si bien no era muy querido, le estimaban mucho sus tropas, vieron los anarquistas que no habia cosa que no pudiesen emprender, y desde entonces se creyeron autorizados para conducir al cadalso á otros muchos generales. Sexo, edad, consideracion personal, distinciones, talentos, servicios hechos á la libertad; todo lo atropellaron, nada respetaron. Los que designaron como víctimas, fueron los hombres mas recomendables asi por sus talentos como por sus virtudes; los primeros apóstoles, los mas puros y celosos fundadores de la libertad, cuya conducta se escudriñó diligente y minuciosamente; y faltas supuestas fueron el fundamento de las acusaciones que los condujeron al patíbulo. No parece sino que se quiso castigarlos por la honrosa parte que habian tomado en la revolucion, hacer escarmentar á todos aquellos que pudiesen en lo futuro seguir su ejemplo, y asentar como principio que este seria inevitablemente el fin desgraciado de los que intentasen en adelante mejorar el estado de los gobiernos por medio de nuevas instituciones. Las potencias extranjeras tenian un grande interes en que los hombres en quienes concurrían tan apreciables circunstancias fuesen considerados y castigados como delincuentes.

Tales fueron los amargos frutos de los sucesos

del 2 de junio, de las maniobras del extranjero y de la entrada de Robespierre en la comision de salud pública.

Veíase en el Mediterráneo de algun tiempo á aquella parte una escuadra considerable compuesta de navíos ingleses y españoles: se sabia que amenazaba á Tolon, y que el almirante Hood que la mandaba tenia inteligencias en esta ciudad.

El ejército del general Carteaux que habia vencido el de los Marsellese, llamado de los *Federalistas*, y sojuzgado muchas ciudades situadas en las orillas del Ródano, habia hecho al mismo tiempo que triunfase en todas ellas el partido de los dominadores de la convencion, de los autores de los sucesos del 2 de junio, resultando de aquí una reaccion tan cruel como inevitable. Los vencedores trataron á los vencidos de la manera que estos los habian tratado á ellos; pusieron en libertad á los hombres de su partido que estaban presos, y prendieron á los del partido contrario. Forcejaba todavía la ciudad de Marsella, y se obstinaba inútilmente en no ceder á la fuerza de las armas. « Se dejó á Marsella sacudir el yugo de los jacobinos; pero se mantuvo la lucha en Tolon, á fin de que los realistas y los que se llamaban moderados, viendo que no tenian fuerzas suficientes para sostenerse por sí mismos sin apoyo ageno, se resolviesen á aceptar el auxilio extranjero que se les ofrecia. »

<sup>1</sup> Histoire de France depuis la révolution, par Toulangeon, t. iv,

En Tolon el partido contrario á los dominadores, que se componia de los republicanos moderados, de los enemigos de los excesos, de los realistas disfrazados, temia fundadamente la suerte del ejército de los Marsellese; pero el almirante Hood que mandaba la escuadra inglesa, desvaneció sus recelos y temores, enviando un parlamento á las secciones de Tolon con una proclama en que ofrecia socorrer y proteger á sus habitantes.

Entre tanto trabajaban con afan los emisarios y agentes del extranjero, bullian continuamente en medio de estas secciones, y empleaban alternativamente los móviles del miedo y de la esperanza, con lo cual lograron seducir y arrastrar á una gran parte de ellas. Estuvieron mucho tiempo indecisas, pero al fin cedieron á los manejos y promesas de estos emisarios que las impelieron á que enviasen comisionados á tratar con el almirante inglés. Fueron estos arrestados por disposicion del gobernador de la plaza de acuerdo con el comandante de marina y otros muchos oficiales que se habian mantenido fieles á sus deberes. Apenas fueron las secciones sabedoras de esta novedad,

<sup>1</sup> M. d'Imbert confiesa los obstáculos que tuvo que superar antes de conseguir volver favorable á sus miras la opinion de los encargados de la administracion interior. « Hemos procurado, dice, intimidar á los unos, atraer y reducir á los otros; hemos trabajado acordés infatigablemente en dirigir la opinion pública, y ayudados de muchos de nuestros compañeros hemos logrado señorearla completamente. » (Précis historique sur les événements de Toulon, par M. le baron d'Imbert, pag. 18)

cuando de nuevo comisionaron con poderes ilimitados para verse con el almirante enemigo al baron de Imbert capitán de navío, que estaba ciegamente entregado á la faccion inglesa, y era uno de sus agentes. No es esto acusarle, sino repetir lo mismo que él dice con jactancia.

La junta general, compuesta de vocales de los diferentes cuerpos administrativos, dirigió el 24 de agosto á los oficiales y tripulaciones de la armada una proclama en que les comunicaba las proposiciones del almirante Hood. Tan lejos estuvo esta tentativa de surtir efecto con unos oficiales que amaban y respetaban sus deberes, que fue causa de que tomasen la resolucion de nombrar por comandante de la escuadra francesa al contra-almirante Saint-Julien, el cual se preparó para la resistencia; pero desesperanzados al saber las maquinaciones de los agentes ingleses, la determinacion de las secciones, y la conclusion del tratado, tomaron el único partido que les quedaba que fue huir para salvar sus personas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Algunos oficiales fueron traidores á su patria y entregaron la ciudad de Tolon á los enemigos; hay uno entre ellos que se ha alabado de este proceder y ha tenido cuidado de publicarle. Oigamos al baron de Imbert: « Me resigné con todo eso á solicitar que se me emplease: se me nombró comandante de una de las escuadras del Mediterráneo: me encargué de una comision importante con el objeto de hacer que se malograra; así me lo prescribian mis órdenes secretas y las únicas que eran legítimas. Con esta conducta seguia la senda que me trazaban el honor y la fidelidad. » (Précis sur les événements de Toulon, pag. 13.) Es menester confesar que el honor que ordena hacer traicion, es un honor de extraña naturaleza.

El 26 de agosto la ensenada, los fuertes, el puerto y la ciudad fueron entregados al almirante inglés que hizo desembarcar en esta seis mil hombres de tropa.

Este funesto acontecimiento puso la parte de la Francia, que está inmediata al Mediterráneo y á los Alpes, en un estado de inquietud y de alarma. La fuerza de los ejércitos era insuficiente para guardar las fronteras, para defender el departamento de Mont-Blanc, atacado entonces en todas direcciones por tropas austriacas y piamontesas, y para atajar los progresos de la rebelion de los Leoneses; los cuales excitados á ella, segun se ha dicho, por agentes extrangeros y por el oro de la Inglaterra, recibieron nuevos estímulos y nuevo aliento con la llegada de M. Précý, enviado á Leon para organizar allí la guerra civil y dirigir sus movimientos.

Era necesario desguarnecer las fronteras atacadas incesantemente y sacar de ellas algunos batallones para el sitio de esta ciudad. Además de esto escaseaban las municiones de guerra; el ejército de los Alpes pedia hombres y armas al que sitiaba á Leon, y este solicitaba de aquel los mismos auxilios; se temia por una parte la invasion de los Piamonteses, y por otra que Leon llegase bien pronto á ser un foco de guerra civil, un nuevo Vendée, si permanecía mas tiempo en estado de rebelion. En vista de esto se puede juzgar que apenas era posible al gobierno el reunir fuer-

zas suficientes para recobrar á Tolon, arrojando á los Ingleses de esta ciudad.

Tal era el estado de crisis en que se hallaba la Francia, tales los apuros y perplejidades que atormentaban á los gobernantes, y tales en fin las calamidades que sufrían los gobernados.

Se habia sembrado la discordia entre estos últimos; se les habian inspirado sentimientos de odio y de venganza, y todos los furores del espíritu de partido; y en este estado de cólera y escandecencia se les habian puesto las armas en la mano para que pudiesen con mas eficacia destruirse mutuamente.

Los autores de este plan infernal querian que los Franceses labrasen su propia ruina, á fin de que no pudiesen achacarla á nadie sino á sí mismos; querian que se abandonasen á todos los crímenes y excesos, á fin de imputarlos á la revolucion; querian por último hacerles pesado é insoportable el yugo del gobierno revolucionario, á fin de que apeteciesen, como una dicha, el nuevo yugo que se les preparaba.

M. Toulangeon, el historiador que ha conocido mejor la influencia de las potencias extrangeras en los sucesos de la revolucion, aprovecha todas las ocasiones de hablar de ella que le presenta su narracion; le atribuye las espantosas catástrofes de esta época, y la considera como la causa primera, por decirlo así, creadora y directora de todas ellas. Cierto es que las impulsiones mas

fuertes y mas ocultas venian directamente del ministerio inglés; los agentes y las pasiones consumaban la obra.

Este ministerio no atacaba militarmente la nacion francesa para conquistarla, sino para disolverla, para originar inquietudes y sobresaltos, y para autorizar á los gobernantes á que redoblasen las medidas de terror propias á contener á los Franceses, á fin de que estos rigores, recreciendo progresivamente, produjesen un descontento general<sup>1</sup>.

Al paso que los reveses de nuestros ejércitos, durante una gran parte de la campaña de 1793, no habian disminuido el progreso de estos rigores, los triunfos y ventajas los aumentaron extraordinariamente, y entonces fue cuando se desenvolvió con rapidez el sistema de opresion anárquica, creado para tediarse á los Franceses y disgustarlos de la libertad.

«Se habian reunido, dice M. Toulangeon, todos los instrumentos propios para producir toda suerte de excesos; y aquellos mismos que habian sabido reunirlos, les proporcionaban todas las ocasiones de emplearse; se queria acusar un dia á la Francia de todos los crímenes que se hubiesen cometido en ella, y para esto se hacian cometer.

<sup>1</sup> Cuando un gobierno tiene la imprudencia de espantar á sus gobernados y lanzarse en la carrera del terror, apenas puede contenerse en ella, porque una medida rigorosa llama á su ayuda otra medida todavía mas rigorosa, y el número y la irritacion de los descontentos se acrecientan proporcionalmente.

El coloso de la libertad habia asustado á todos los gobiernos, y todavía querian estos darle mayor magnitud y hacerle monstruoso, á fin de que, á fuerza de ser gigantesco y descomunal en todas sus partes, se desplomase por sí mismo, y aplastase á cuantos hubiesen osado acercarse á él.»

<sup>1</sup> Histoire de France depuis la révolution de 1789, tom. iv, pág. 56.